

ESPECTACULOS

CINE
TEATRO
MUSICA

JAZZ
VARIETADES
BALLET

Romanticismo asordinado

PIEBRE (La baie des anges), Francia, 1963. Producción, P. E. Decharme, Dirección, libreto cinematográfico y diálogos, Jacques Demy. Fotografía, Jean Rabier. Música, Michel Legrand. Sonido, André Hervée. Vestuario de la protagonista, Pierre Cardin. Con Jeanne Moreau, Claude Mann, Paul Guers, Henri Nassiet, André Certes. Estrenada en el Plaza, lunes 4.

La pasión que devora a Jeanne Moreau en esta película no es el amor sino el juego. El protagonista (Claude Mann) la ve salir del casino de Enghien, expulsada por haber robado una ficha. Más tarde, en Montecarlo, se la encuentra en una mesa de juego, apuesta al mismo número que ella (ambos pierden), vuelve a apostar con ella (ganan) y así se entabla una relación que tiene como base la suerte que él le trae en el juego pero que también tendrá ribetes más francamente eróticos. Previsiblemente, pierden todo, ella tendrá que aceptar el hotel de él, pasarán la noche juntos. Pero esto es sólo el comienzo de la aventura.

La historia ya había sido mostrada por el cine desde distintos ángulos: antes de que se le ocurriera a Jacques Demy. Como pasa en *Lola*, no es la originalidad de los temas lo que tienta a este joven realizador francés, sino la posibilidad de dignificar el material de las películas baratas por medio de un tratamiento distinto. Aquí hay una voluntad de distanciamiento que se pone en evidencia en las imágenes con que se inicia y concluye el film. Antes de los títulos la silueta de Jeanne Moreau (toda blanca sobre un fondo oscuro) se destaca sobre la rambla de Niza, esa bahía de los ángeles del título original. La cámara se aleja velozmente en un travelling retrospectivo y la figurita de la mujer se pierde en la distancia mientras suena la acertada música de Michel Legrand y se proyectan los sobrios títulos. Ese alejarse de la protagonista se repite en la última toma que muestra el abrazo de la Moreau y su amante, enmarcados ambos por la puerta del casino de Niza (que han abandonado) y mientras la cámara también retrocede para dar un borde mayor de sombra a esa pareja en plena luz.

La distancia da un sabor muy

particular a esta exploración del vicio. Porque Demy ha querido mostrar que la Moreau es presa de la fiebre del juego, que para ella el juego es una religión, que no se trata de ganar y tener lujos, sino que lujo y miseria son dos caras de la misma entrega apasionada al juego. Para contrastar: más su entrega al juego la pone junto a un compañero que es un verdadero puritano, que no busca el juego sino la mujer, que tiene otra fiebre, el amor. Pero lo que interesa a Demy es la transformación que poco a poco se produce en la pareja: en tanto que ella parece haber arrastrado al muchacho a su esfera, es la lenta labor del amor lo que terminará predominando.

Demy es un romántico, a pesar de su estilo deliberadamente frío y cree en los finales felices. De ahí que busque, debajo de la máscara agria del juego, alguna esperanza. Hacia el final, cuando parece que el protagonista va a tener que abandonar a su amante, se cruza en la sala del casino con una vieja que también viste un traje blanco con detalles en negro y tiene también una cabeza platinada. La vieja parece prefigurar el destino de Jeanne Moreau. Pero Demy no quiere quedarse con ese símbolo (que hubiera deleitado a sus colegas de la Nouvelle Vague) y hace terminar el film con una verdadera explosión visual: Jeanne Moreau corriendo al encuentro de Claude Mann, su silueta blanca cruzando a foguez una pared de espejos para precipitarse (al grito de Jeanne) sobre su amante.

Todo el film revela un refinamiento de ejecución que está no sólo en los detalles de ambientación y en la música, sino en el estilo general de actuación y montaje. El realizador ha concebido una película realmente en blanco y negro. Casi siempre Claude Mann de negro se opone a Jeanne Moreau de blanco.



Claude Mann, Jeanne Moreau

La mujer tiene la cabellera platinada, los ojos brillantes en medio de las enormes pestañas postizas, cargadas de rimmel, unas ojeras evidentes, en la palidez mate del rostro. Cuando ella viste de negro (en la secuencia del casino de Montecarlo), el amante viste de blanco. El cuarto del hotel en Niza tiene paredes blanquísimas y muebles completamente negros, de modo que el enorme lecho recorta sus arabescos contra la cal deslumbrante, o la Moreau pasea su peignoir negro, de plumas, contra esa misma blancura. Inútil decir que está vestida, o desvestida, por su amigo Pierre Cardin.

También es contrastado el juego de los actores. En tanto que Claude Mann tiene una actitud reservada que llega a parecer hosca (es un Belmondo más afilado y siniestro), Jeanne Moreau expresa con más soltura una suerte de cinismo blando y acomodaticio que sólo saca las uñas en la brutal escena de la confesión en Montecarlo. Cuando le dice que sigue con él sólo porque le da suerte, la Moreau muestra su garra de actriz. En el resto del film está más suave, más alegre, más despreocupada que de costumbre. Parece como si Demy no sólo se propu-

siera contar pequeñas historias rosas sino ayudar a la desmitificación de las estrellas más sombrias de la Nouvelle Vague. Después de mostrar a Anouk Aimée como una muchacha turulata en *Lola*, se las arregla para mostrar a Jeanne Moreau como una mujer fatal en *Fiebre*.

También es divertido el uso de la música: una guitarra eléctrica con un temita popular para los amantes; música de órgano para la ruleta, ya que la película (por boca de la Moreau) sugiere que los casinos son catedrales del juego. Todo lo cual compone un film interesante, bien observado, poco usual pero no una obra maestra. En *Lola*, Jacques Demy había parecido capaz de una creación más original. Esa promesa no se confirma ahora. Es cierto que es un hombre joven (31 años, casado con Agnes Varda, la de *Cléo de 5 a 7*). Pero la Nouvelle Vague consume tan rápidamente a sus genios que los 31 años de Demy pueden parecer a algunos la edad del mismísimo Matusalén. Por suerte, hay otros criterios estéticos. Habrá que esperar a la tercera película de Demy. Entre tanto, esta *Fiebre* merece ser considerada atentamente.

E. R. M.